

Más de un millón de refugiados tomaron la ruta de los Balcanes durante el año 2015. Al tiempo que la Unión Europea firma un acuerdo con Turquía para frenar el flujo de migrantes hacia su territorio, las fronteras de este corredor humanitario informal, por el cual todavía circulan millones de personas, no dejan de cerrarse.

Por la ruta de los Balcanes

Una nueva cortina de hierro en Europa

por Jean-Arnault Dérens y Simon Rico*, enviados especiales

domeni, frontera greco-macedonia. Al cabo de una pequeña ruta de campiña, en una llanura golpeada por los vientos que descienden de las montañas, se encuentra el último campo griego, entre praderas y una pequeña estación de carga. Basta con caminar algunos centenares de metros a lo largo de la vía férrea para toparse con las rejas que marcan la entrada a Macedonia. Los policías entreabren la puerta que da acceso al campo macedonio de Gevgelija, dejando pasar a los refugiados en grupos de cincuenta. Con el cierre progresivo de la ruta de los Balcanes, Macedonia endureció las condiciones de acceso: en noviembre de 2015, sólo los ciudadanos afganos, iraquíes y sirios eran aceptados



bres que los separan de Kosovo, los pueblos de Vaksince y de Lojane dominan la autopista, la vía férrea y el puesto fronterizo de Tabanovce, entre Macedonia y Serbia. Desde hace mucho tiempo la policía macedonia ya no entra en esas aldeas, antiguos baluartes de las guerrillas albanesas, centros neurálgicos de numerosos tráfico. Lojane fue durante largo tiempo una etapa obligada: los migrantes esperaban la noche para tratar de pasar clandestinamente a Serbia, durmiendo en casas en construcción o en los tupidos matorrales cercanos a la frontera, la “jungla” local. Con la organización del corredor humanitario, los flujos se desviaron durante varios meses hacia el valle. Pero los “ilegales”, los “migrantes económicos” a los que el acceso a ese corredor les era negado, muy pronto retomaron la ruta de la montaña. “Las violencias aumentaron en proporción a las restricciones impuestas por la Unión Europea”, deplora Francisca Baptista da Silva, portavoz de Médicos Sin Fronteras (MSF) en Serbia. En mayo de 2015 desmantelaron una red de secuestradores dirigida por un residente afgano apodado “Alí Babá”, permitiendo la liberación de varias decenas de refugiados. Desde entonces, los “negocios” se restablecieron.

Preševo, sur de Serbia. La emigración sigue siendo una válvula de escape económica para los cincuenta mil habitantes de esta ciudad mayoritariamente poblada de albaneses que se esconde en el fondo de un valle pobre, enclavado entre Kosovo y Macedonia. La policía consigna la identidad de los refugiados y toma sus impresiones digitales en una fábrica de tabaco ahora cerrada, como la casi totalidad de las empresas de la ciudad. La crisis de los refugiados favoreció la llegada masiva de dinero fresco. Transporte en ómnibus hacia Croacia, alimentación, telefonía móvil: una economía paralela totalmente dirigida hacia ellos se instaló durante el pico de las llegadas, entre junio y noviembre.

pequeña estación de carga. Basándose en el camino minar algunos centenares de metros a lo largo de la vía férrea para toparse con las rejas que marcan la entrada a Macedonia. Los policías entreabren la puerta que da acceso al campo macedonio de Gevgelija, dejando pasar a los refugiados en grupos de cincuenta. Con el cierre progresivo de la ruta de los Balcanes, Macedonia endureció las condiciones de acceso: en noviembre de 2015, sólo los ciudadanos afganos, iraquíes y sirios eran aceptados como refugiados, ya que los oriundos del resto de los países eran considerados como "migrantes económicos". Luego, en enero, los afganos ya no fueron aceptados. A comienzos de marzo, los sirios originarios de Alepo podían seguir pasando, pero ya no los que provenían de Damasco.

Mientras que la capacidad del campo de Idomeni no es de más de mil quinientas personas, son miles los que se amontonan en pequeñas tiendas, sobreviviendo en condiciones extremadamente precarias. Cuando Eslovenia anunció a su vez el cierre de su frontera, el 8 de marzo a la medianoche, una misma pregunta se repetía: ¿cómo proseguir el viaje?, ¿hay que recurrir a las redes de pasadores, ahora que el corredor humanitario está completamente cortado? Nadie, en todo caso, piensa en volver atrás, hacia Turquía.

Una carrera de obstáculos

Evzoni, en la autopista de Tesalónica hacia Macedonia. A algunos kilómetros de Idomeni, la última estación de servicio antes del puesto fronterizo se ha vuelto a convertir en la guarida de los pasadores desde noviembre de 2015. "Llegué de Atenas. Le di 700 euros a un guía para llegar hasta Belgrado", explica Brahim T., argelino de unos treinta años. Varios centenares de personas duermen cada noche de ambos lados de la autopista; los más ricos de a varios en un modesto cuarto de hotel, y los otros en edificios abandonados. Todos están conectados a internet gracias a sus teléfonos. Esas comunicaciones son vitales para contactar a los pasadores, estudiar los itinerarios, hablar con la familia.

Aquí sólo hay hombres, o casi. La mayoría vienen del Magreb o de Irán: no tie-



nen ninguna posibilidad de que los acepten como refugiados. Por la noche, de a pequeños grupos intentan forzar los alambres de púas que rodean la frontera entre Grecia y Macedonia. Larbi H., originario del sur de Marruecos, lo intentó en varias oportunidades: "Hay agujeros en la barrera, pero hay que desconfiar porque los soldados macedonios esperan un poco más lejos. Nos detienen, nos golpean y nos devuelven a Grecia".

Veles, centro de Macedonia. La casa de Lenče Zdravkin domina la vía férrea. Desde 2011 ve pasar a migrantes que caminan a lo largo de los rieles; el acceso a los trenes entonces les estaba prohibido. Ciudad industrial en decadencia, Veles se encuentra casi a mitad de distancia de las fronteras de Grecia, al sur, y de Serbia, al norte. "Comencé a darles agua, galletas, ropa... Les proponía descansar una hora a la sombra, lavarse los pies. Muchos tenían miedo, se ocultaban de la policía, pero muy pronto mi dirección empezó a circular en las redes sociales... -esta ma-

dre de familia de unos cincuenta años fue una de las primeras en Macedonia en movilizarse en favor de los migrantes y los refugiados-. Algunos pensaron que estaba loca de ocuparme así de las personas de paso. Luego los vecinos, los habitantes de la ciudad comenzaron a traer alimentos, mantas." En la primavera de 2015, varias decenas de personas hacían un alto todos los días en Veles. La señora Zdravkin prosiguió su compromiso como voluntaria en el campo de Gevgelija. Desde que cerraron la ruta de los Balcanes, vuelve a ver pasar refugiados a pie. "Si prohíben que los migrantes pasen legalmente, no tienen más remedio que avanzar ocultándose. Yo había creído que Europa aportaría soluciones humanitarias, que permitiría que la gente viaje dignamente. Por el contrario: volvieron a los peores momentos de la clandestinidad". Desde su ventana del primer piso, ella vuelve a ver las sombras furtivas que avanzan a lo largo de los rieles.

En los flancos del Kadarak, región albanesa de Macedonia. Al pie de las cum-

Macedonia. La policía asigna la identidad de los refugiados y toma sus impresiones digitales en una fábrica de tabaco ahora cerrada, como la casi totalidad de las empresas de la ciudad. La crisis de los refugiados favoreció la llegada masiva de dinero fresco. Transporte en ómnibus hacia Croacia, alimentación, telefonía móvil: una economía paralela totalmente dirigida hacia ellos se instaló durante el pico de las llegadas, entre junio y noviembre. Shkëlzen K., que tiene un minimercado justo frente al centro, afirma haber triplicado sus ventas en 2015. El barrio de la estación se había convertido entonces en un campo a cielo abierto. Miles de personas dormían en las veredas en espera de ser identificadas y de obtener el salvoconducto de setenta y dos horas que entregaban las autoridades serbias, indispensable para proseguir la ruta hacia Croacia. El centro de registro sigue abierto, pero las llegadas se hicieron escasas.

Dimitrovgrad, frontera serbo-búlgara. Para algunos, la llegada a Serbia tiene el sabor de una primera victoria, de una liberación. Cada día, de cien a trescientos afganos llegan a esa localidad empobrecida. Desde Turquía atravesaron Bulgaria a pie, caminando de noche, ocultándose. El viaje dura dos semanas para los más robustos y los más afortunados. Casi todos los relatos se asemejan. Evocan las palizas sistemáticas de la policía búlgara, que despoja a los refugiados de sus ahorros y de sus preciados teléfonos. En el límite de sus fuerzas Javeed, adolescente de 15 años, tiembla de agotamiento cerca del centro de acogida donde la policía serbia entrega los salvoconductos. Dos grandes tiendas permiten resguardarse del frío, pero nunca hay suficiente lugar para todo el mundo. Algunos voluntarios procedentes de Suiza distribuyen sopa y mantas. "Sólo los afganos pueden hacer este viaje -dice un amigo de Javeed-. Nosotros estamos acostumbrados a caminar en la montaña; los sirios no podrían seguirnos." Los afganos que atraviesan Bulgaria son también los más pobres de los refugiados, los que no pueden pagar a los pasadores. La continuación de su viaje se ha vuelto

Cécile Marin

muy aleatoria desde que los países europeos han dejado de aceptarlos.

Šid, frontera serbo-croata. Entre mediados de septiembre y fines de octubre de 2015, más de doscientos mil refugiados pasaron de Serbia a Croacia tomando el camino del pequeño puesto de Berkasovo/Bapska, en las colinas dominadas por los meandros del Danubio. Durante ese período, cerca de mil voluntarios checos y eslovacos se sucedieron en esta frontera, ofreciendo alimentos y consuelo. “Estamos aquí porque tenemos vergüenza de nuestro presidente, de nuestro gobierno –explicaba Pavel H., cristiano evangelista de unos cincuenta años que acampaba en Berkasovo con militantes anarquistas-. Queremos mostrar que no todos los checos están a favor del cierre de las fronteras.” Luego se organizó el cruce desde la estación de la ciudad vecina de Šid, donde los policías serbios y croatas vigilaban en forma conjunta el embarque de los refugiados en dirección al centro de acogida croata de Slavonski Brod. “¿Cómo se dice ‘por favor’ en árabe? ¿Tú lo sabes, croata?”, pregunta a su colega un funcionario serbio que intenta orientar a una familia siria. La llegada de los refugiados contribuyó a restablecer relaciones “funcionales” entre los enemigos de ayer.

Subotica, frontera serbo-húngara. De 1945 a 1989 esta ciudad, la última de Serbia antes de Hungría, lindaba con la cortina de hierro que dividía a Europa en dos. En 2011, la ciudad se convirtió en un nudo esencial de la ruta de los Balca-

nes. Los migrantes se reagrupaban en las inmediaciones de una antigua fábrica de ladrillos abandonada. Redes de pasadores hacían el traslado hasta Hungría. En el invierno 2014-2015, no menos de cien mil kosovares aprovecharon esas redes durante un éxodo tan repentino como efímero. Después del bloqueo total de la frontera por Hungría, el 14 de septiembre, ya nadie pasaba por Subotica; pero con el establecimiento de la distinción entre “refugiados” y “migrantes económicos”, la jungla vuelve a atraer a los candidatos al exilio. Hakim T., originario de Marruecos, espera una transferencia de 1.200 euros para pagar el cruce de la frontera: “Me van a llevar en auto, el guía me mostrará una abertura en los alambres de púas y alguien me esperará del otro lado. No es tan difícil”. A pesar de los peligros muy reales –violencias, chantaje y prisión en caso de arresto–, los cruces clandestinos se reanudaron a medida que las rutas “legales” se cerraban.

Sveta Lucija, frontera croato-eslovena. Un memorable partido de vóley se desarrolló en ese pequeño puesto fronterizo de los confines de Istria. El 19 de diciembre de 2015, para protestar contra la construcción de un muro de alambres de púas a lo largo de las fronteras eslovenas, los ciudadanos de los dos países se dieron cita a ambos lados de la alambrada. Los militantes y los deportistas no son los únicos que se oponen a esta barrera: también las asociaciones de cazadores denuncian el obstáculo que representa para los animales de caza. Ni la división de Yugoslavia ni la adhesión de

Eslovenia a la Unión Europea, en 2004, habían conducido al surgimiento de semejante cortina de hierro.

Šentilj, frontera austro-eslovena. Es aquí donde estallaron los primeros enfrentamientos de las guerras yugoslavas, en junio de 1991, cuando la Defensa Territorial eslovena recuperó de las unidades del Ejército Popular yugoslavo el control de las fronteras con Austria. El puesto de Šentilj/Spielfield es el principal punto de paso entre los dos países, la verdadera barrera de la ruta de los Balcanes. Durante todo el otoño boreal de 2015 permaneció cerrado a la circulación automotriz, mientras que cada día miles de refugiados esperaban poder pasar hacia el norte. El 19 de febrero Austria puso cupos, limitando el acceso a su territorio a ochenta solicitantes de asilo por día, y a tres mil doscientos refugiados en condiciones de probar que su destino final era un tercer país. Ese mismo día, Viena reunía a los jefes de policía de Eslovenia, Croacia, Serbia y Macedonia para establecer un procedimiento único de registro de los refugiados en tránsito. Algunos días más tarde, Austria organizaba una cumbre regional de los jefes de Gobierno, omitiendo invitar a Grecia, que denunció de inmediato una iniciativa “unilateral e inamistosa”. Sin una verdadera reacción de la Unión Europea, Austria y sus aliados del “grupo de Visegrád” (Hungría, República Checa, Eslovaquia y Polonia) se liberaban de las reglas del espacio Schengen (1) y concluían el cierre de la ruta de los Balcanes (2).

En las orillas del lago de Ohrid, frontera albaniano-macedonia. Si los flujos procedentes de Turquía disminuyen, las decenas de miles de personas bloqueadas en Grecia buscan nuevas rutas. Dos parecen pasibles de ser encaradas: una podría pasar por Rumania y Ucrania, la otra por Albania. Desde este último país, los refugiados podrían pasar a Montenegro, luego a Bosnia Herzegovina y a Croacia, o bien tratar de alcanzar directamente Italia atravesando el Adriático. Desde hace meses, las autoridades de Tirana están a la espera de su llegada. A comienzos de marzo comenzaron a desplegar unidades especiales de la policía en los confines del país, en la frontera griega, y en las inmediaciones del puesto de Qafassan, en la frontera con Macedonia, entre Pogradec y Struga. Controlar todas las vías de paso en las montañas albanesas, sin embargo, será difícil, y muy pronto el país podría transformarse en un nuevo callejón sin salida. ■

1. N. de la T.: Área creada en 1985 –y que comenzó a funcionar en 1995–, que comprende a 26 países europeos que derogaron los controles fronterizos en las fronteras comunes.
2. Véase Benoît Bréville, “Haro sur Schengen”, *Le Monde diplomatique*, París, enero de 2016.

*Periodistas, redactores en el sitio *Le Courrier des Balkans*. Traducción: Víctor Goldstein